

porque la lluvia comenzaba otra vez, y el cura Horteur, siempre al abrigo de la cerca del huerto, les dirigió frases que no pudieron oír: el tiempo abominable, las presas destruidas, la miserable aldea que dejaban en peligro, entristecían más su regreso.

Cuando entraron en la casa les pareció desnuda, helada: sólo el viento atravesaba por las tristes salas con un gemido incesante.

Chanteau, amodorrado delante del fuego de la chimenea, se puso á llorar cuando ellos se presentaron.

Ni uno ni otro subió á cambiar de traje, para huir de los siniestros recuerdos que excitaba la escalera; la mesa estaba dispuesta y la lámpara encendida, y se sirvió en el acto la sopa.

Fué una triste comida la de aquella tarde, en la que las sacudidas profundas del mar, que hacían retemblar las paredes de la casa, cortaban la palabra en los labios.

Cuando se sirvió el té, la criada, que había guardado una actitud misteriosa, anunció bruscamente que la casa de los Houtelard y otras cinco habíanse desplomado, y que igual desgracia amenazaba á la mitad del pueblo.

Entonces Chanteau, desesperado de no haber po-

dido encontrar aún su equilibrio en medio de tantos sufrimientos, la tapó la boca diciendo que él tenía bastante con su propia desventura para oír hablar de las ajenas.

Acostáronse todos poco después rendidos de fatiga; pero Lázaro tuvo luz hasta el alba del siguiente día, y Paulina, inquieta, abrió suavemente la puerta de su cuarto para escuchar más de diez veces, sin que subiese del piso primero sino mortal silencio.

Desde la mañana siguiente empezaron para el joven las horas lentas y dolorosas que siguen á los grandes duelos; despertábase como de un desvanecimiento, ó después de una caída en la que sus miembros quedaban magullados; tenía en su memoria el recuerdo preciso, claro, sin visión alguna, de los sucesos que acababan de pasar; con la turbación de la fiebre, el hecho de la muerte, que él no había presenciado hasta entonces, estaba allí, en su casa, en su pobre madre arrebatada brutalmente en pocos días.

¡El horror del no ser era ya tangible!

Había cuatro personas en la casa, y de repente se veía un agujero, un hueco que se abría, y sólo quedaban tres con los escalofríos del miedo, apretándose

estrechamente para encontrar un poco del calor afectuoso que habían perdido.

¿Luego eso era morir, y morir para siempre, con los brazos trémulos, extendidos hacia una sombra que sólo dejaba de ella un recuerdo espantoso?

Él perdía á su pobre madre en cada hora, en cada instante, siempre que la imagen de la muerte se levantaba ante sus ojos; no había sufrido tanto ni cuando su prima bajó de la cámara mortuoria para arrojarle en sus brazos, ni durante las formalidades crueles del entierro; no sentía la dolorosa pérdida sino después de haber regresado á la casa vacía.

Y su pesar se exasperaba con los remordimientos de no haber llorado más en los instantes de la agonía, cuando algo de la que desaparecía del mundo estaba todavía allí.

El temor de no haber amado bastante á su madre le torturaba, le ahogaba hasta hacerle estallar en sollozos, y evocaba sin cesar á la muerte y estaba anheloso de ver su imagen.

Si subía la escalera, esperaba verla salir de su cuarto, verla atravesar por el pasillo con su rápido paso, y muchas veces se volvía, creyendo oírla, sintiendo en su alucinación que veía una punta de su vestido á través de la puerta.

Por la noche no se atrevía á apagar la lámpara, porque rumores furtivos se acercaban á su lecho; un aliento frío le soplabá en la frente en medio de la obscuridad.

Y la herida, en vez de cerrarse, agrandábase más y más, ya con una sacudida nerviosa al menor recuerdo, ya con la idea de una aparición real y rápida que se desvanecía al punto, dejándole la angustia y el desaliento del jamás.

Todo en la casa le recordaba á su madre: el cuarto, que había quedado lo mismo, sin cambiar de su sitio un mueble; el dedal de costura que se veía en el borde del velador, al lado de un trabajo de tapicería; la aguja del reloj parada en las siete y treinta y siete minutos, última hora de la existencia de su madre.

Primero evitó entrar allí; mas luego, subiendo rápidamente la escalera, una resolución súbita lo empujaba hacia el cuarto, y entraba, con el corazón latándole violentamente, y parecíale que los antiguos muebles, el *secretaire*, el velador, la cama, ¡la cama sobre todo! tenían un aspecto de majestad que les presentaba como otros distintos.

Una mañana, al entrar él, permaneció como extático: las persianas abiertas llenaban la sala de olea-

das de luz; rayos de sol, como brillante y alegre paño de fulgores, cubrían el lecho, hasta las almohadas; los muebles, la chimenea, la misma ventana aparecía guarnecida de flores en todas las macetas y vasos que se había podido encontrar.

Entonces él se acordó de que aquel día era un aniversario, el nacimiento de la que ya no existía, fecha siempre festejada en la casa y de la cual Paulina guardaba el recuerdo.

No había sino pobres flores de otoño, margaritas y rosas pálidas, mustias ya por las heladas; pero tenían todavía el aspecto y el olor de la vida, y resaltaban sus colores en la tristeza de muerte de aquel cuarto.

Aquella piadosa atención de la joven le trastornó conmovido, y lloró mucho.

Y el comedor, la cocina, la terraza estaban llenos del recuerdo de su madre, y la veía allí, en los pequeños objetos, aun en las costumbres que le habían faltado súbitamente.

Todo esto contribuía á su obsesión, y no hablaba, y tenía cierta especie de pudor inquieto para ocultar aquel tormento incesante, aquella rápida conversación mental que sostenía con la muerte.

Y como llegase hasta á no pensar en pronunciar el

nombre de la que ya no existía, hubiérase podido creer que el olvido lo llenaba, que ya no se acordaba de ella, cuando en realidad no pasaba un instante sin tener en el corazón el dolor de los recuerdos.

Solamente la mirada de su prima le adivinaba, y entonces él quería mentir; juraba que había apagado su lámpara á media noche; decía que estaba ocupado en cualquier trabajo imaginario, y se incomodaba si se le hacían más preguntas.

Su cuarto era su refugio, y subía á él para abandonarse, más tranquilo en aquella sala donde había crecido, no teniendo la idea de que nadie le adivinase el secreto de su malestar.

Desde los primeros días intentó salir y dar principio á sus largos paseos, y por lo menos se hubiera librado del silencio antipático de la doméstica y del penoso espectáculo de su padre, abatido en su sillón, no sabiendo en qué ocupar los diez dedos de sus manos; pero sentía repugnancia invencible hacia los paseos, y se fastidiaba fuera de casa, con un fastidio que llegaba al malestar.

El Océano inmenso, con sus eternas ondulaciones, con su flujo obstinado que azotaba las costas dos veces al día, irritábale como una fuerza estúpida, extraña á sus dolores, batiendo sin cesar las

mismas rocas un siglo y otro siglo, sin haber llorado jamás sobre una muerte humana.

Aquello era demasiado grande, demasiado frío para él, y se apresuraba á regresar á casa, á encerrarse en su cuarto, para sentirse menos pequeño, menos humillado entre el infinito del agua y el infinito del cielo.

Un lugar le atraía: el cementerio que rodeaba á la iglesia.

Su madre no estaba en él, pero allí pensaba en ella con tierna dulzura, y se tranquilizaba singularmente á pesar de su terror por la muerte.

Las tumbas yacían entre la hierba, algunos tamarindos habían crecido al abrigo de los muros de la iglesia, no se oía sino el silbido de las gaviotas que se mecían en las alas del viento; y allí se olvidaba de las horas, sin que pudiera ni aun leer los nombres inscritos en las losas funerarias, medio borrados ya por las lluvias del Oeste.

¡Y si Lázaro hubiese tenido la creencia en otra vida! ¡Si hubiese podido creer en que algún día encontraría á los suyos detrás del negro muro de la muerte!

Pero le faltaba este consuelo, por estar demasiado convencido del fin individual de los seres,

muriendo y perdiéndose en la eternidad de la vida; y sin embargo, sentía como una rebelión disfrazada de su *yo*, que no quería acabar de tal manera.

¡Qué alegría volver á empezar otra existencia, entre las estrellas, con los padres y los amigos! ¡Qué dulce sería la agonía del que así lo creyese, gozando en las afecciones perdidas, en los besos del primer encuentro, en la tranquila serenidad de ser inmortales por el alma!

Y él agonizaba delante de esta mentira caritativa de las religiones positivas, cuya piedad oculta á los débiles la verdad terrible. No, no (se repetía), todo acaba con la muerte; ninguna afección renace más allá del sepulcro; el adiós es eterno, para siempre, para siempre.....

¡Y esta palabra tremenda arrebatava su espíritu hasta el vértigo de la nada!

Una mañana, habiéndose detenido Lázaro á la sombra de los tamarindos, vió al cura Horteur en su huerto, separado del cementerio por una tapia muy baja: el buen clérigo, con su blusa gris, sus gruesos zapatos, cultivaba un cuadro de coliflores, y en su rostro, curtido por el áspero viento del mar, con la nuca abrasada por el sol, asemejábase á un viejo campesino encorvado sobre la dura tierra.

Mal pagado por el Gobierno, sin pie de altar en aquella pobre parroquia, habría perecido de hambre sin cultivar por sí mismo legumbres y hortalizas; distribuía en limosnas su poco dinero, y vivía solo, apenas servido por una chicuela, obligado muchas veces á prepararse la comida.

Para colmo de su infortunio, la tierra no valía nada en aquella roca, el viento le abrasaba las plantas, y no era en verdad mucha suerte desgarrarse la sotana en las rocas para tener por toda cosecha unos ajos héticos y escasos.

Y sin embargo, se ocultaba de las gentes cuando vestía la blusa gris, por temor de que se burlasen de la religión.

Lázaro iba á retirarse, cuando le vió sacar del bolsillo una pipa, llenarla con su pulgar y encender con gran ruido de labios; y cuando el cura gozaba con las primeras bocanadas de humo, vió al joven, y con ademán de susto procuró esconder la pipa.

Pero se decidió por reír, y le gritó:

—¡Eh! ¿tomáis el aire? ¡bueno! Entrad aquí, y veréis mi jardín.

Lázaro entró, y el cura dijo alegremente:

—¿Eh? ¿creeréis que soy un disipador? Pues no

tengo más vicio que éste, y éste no es de los que ofenden á Dios.

Desde entonces, fumando ruidosamente, no soltó de la boca su pipa sino para decir alguna frase corta y rápida; el cura de Verchemont le preocupaba, ¡hombre feliz que tenía un jardín magnífico, de terreno feracísimo donde todo crecía! ¡Y ved lo mal que se arreglan las cosas! Aquel cura no daba un solo golpe de azada.

Y en seguida se lamentaba de sus patatas, porque se le secaban hacía dos años, aunque el suelo aquel debiera convenirles.

—Pero no os incomodéis por mí—dijo Lázaro—y continuad vuestro trabajo.

El cura volvió á empuñar su podadera.

—A fe mía que nome haré rogar..... pues los galopines de la aldea van á venir dentro de poco para aprender el Catecismo, y antes tengo que dejar arreglado este cuadro.

Lázaro tomó asiento en un banco de piedra, alguna antigua losa sepulcral adosada á la tapia del cementerio; miraba al cura Horteur como separaba de la tierra los guijarros, y escuchábale al mismo tiempo hablar con su voz aguda de un niño viejo; llegó á tener envidia de verle así, tan pobre y tan

sencillo, con la cabeza huera y sin la concupiscencia de la carne.

Para que el Obispo hubiese dejado á aquel hombre en tan miserable curato, envejeciendo, era necesario que se le considerase como dotado de grande inocencia de espíritu; y además, porque era de los que no se quejaban, y cuya ambición está satisfecha cuando tienen pan que comer y agua que beber.

—Pues no es alegre vivir entre estas cruces de muertos—dijo el joven.

El cura, sorprendido, levantó la cabeza y dejó caer la azada.

—¿Cómo que no es alegre?

—Cabal. ¡Siempre tenéis la muerte delante de los ojos, y todas las noches soñaréis con ella!

El cura se quitó de la boca la pipa y escupió.

—Por mi fe, que jamás he soñado con ella. ¡Todos estamos en las manos de Dios!

Y volvió á coger la azada, hundiéndola en la tierra con fuerte empuje de su pie.

Sus creencias le defendían contra el miedo, aunque no creía más allá del Catecismo: se moría y se volaba al cielo. ¡Nada menos complicado ni más tranquilizador!

Y sonrió con noble franqueza, porque la idea fija

de la salvación había bastado para llenar su angosto cráneo.

A partir de este día, Lázaro entraba casi todas las mañanas al huerto del cura; sentábase en la misma vieja piedra; olvidábase de sí mismo al ver cultivar sus legumbres al buen Horteur, tranquilizado ante la ciega inocencia de aquel hombre que vivía de la muerte sin tener un escalofrío.

¿Por qué no se volvería él tan niño como aquel anciano clérigo?

Latía en él, en su fondo íntimo, la esperanza secreta de volver á encontrar la fe desaparecida, por virtud de sus conversaciones con un hombre tan sencillo, cuya tranquila ignorancia le encantaba.

Él mismo llevó una pipa; los dos juntos fumaban, hablando de los insectos que se comían las hortalizas ó del estiércol que costaba muy caro, porque el cura hablaba pocas veces de Dios, inspirado en la tolerancia y en su experiencia de viejo confesor, pues después de treinta años de advertencias y consejos inútiles, se había reducido al cumplimiento estricto de su ministerio, con la caridad bien ordenada del campesino, que comienza por él mismo.

Aquel joven era muy amable, y no queriendo reñir con él ni luchar contra las ideas de París, pre-

30855

fería hablarle de su jardín; mientras Lázaro, zumbándole en la cabeza tantas palabras inútiles, se consideraba á veces como cerca de los dichosos tiempos en que su nodriza le refería leyendas maravillosas, y en que no tenía miedo.

Pero las mañanas se sucedieron, y Lázaro se encontraba por la noche en su cuarto con el recuerdo de su madre, y sin tener valor para apagar la lámpara.

Su fe estaba muerta.

Un día, estando con el cura Horteur sentado en la piedra funeraria, y fumando ambos, este último escondió su pipa al oír ruido de pasos detrás de los perales del huerto.

Era que llegaba Paulina en busca de su primo.

—El doctor está en casa—dijo ella—y le he invitado á almorzar con nosotros. Irás en seguida, ¿verdad?

Y sonreía, porque vió la pipa en el banco, detrás del cura, y éste la cogió en seguida, riéndose con la franca risa que tenía cada vez que cualquiera le encontraba fumando.

—Esto es demasiado estúpido—exclamó—porque se podría creer que estoy cometiendo un crimen.... ¡Ea! voy á encenderla delante de vos.

—¿Pero no sabéis, señor cura—respondió Paulina alegremente—que vais á venir á almorzar con nosotros y el doctor? Pues bien: allí la fumaréis, á los postres.

Y el cura entusiasmado gritó:

—¡Decís bien! ¡Acepto! Id delante, que voy á ponerme la sotana. ¡Y llevaré mi pipa, palabra de honor!

Aquel almuerzo fué el primero en que resonaron otra vez algunas risas en el comedor; el cura Horteur fumó en los postres, con grande alegría de los comensales, y Chanteau, que había comido en abundancia, parecía muy satisfecho por el soplo de vida que volvía á circular en su casa.

El doctor Cazenove contó historietas de salvajes, y Paulina, radiante de alegría, feliz con aquellos ruidos de vida, gozaba con la idea de que la distracción disipase el sombrío humor de Lázaro.

Desde entonces la joven quiso secundar las comidas de los sábados, interrumpidas por la muerte de su tía; el cura y el médico asistieron puntualmente; la antigua existencia volvía con regularidad á la casa, hasta el punto de que el viudo declaraba que sería capaz de bailar sin la maldita gota que le embargaba las piernas.

Solamente Lázaro quedaba aún desarreglado, con sus malas palabras cuando hablaba y temblando por modo súbito en medio de tales demostraciones de locuacidad.

Un sábado por la noche, cuando se estaba comiendo el asado, el cura Horteur recibió aviso de ir á auxiliar á un agonizante.

No apuró su vaso el buen clérigo: salió en el acto, sin escuchar al doctor, que había visto al enfermo antes de ir á comer, y le aseguró que hallaría muerto al desdichado.

Criticósele como pobre de espíritu, y el mismo Chanteau dijo:

—¡Ese cura tiene días en que no está muy fuerte!

—Pues ya quisiera yo verme en su lugar—dijo Lázaro brutalmente;—porque es más feliz que nosotros.

El doctor se echó á reír.

—¡Puede ser!—dijo.—Pero Mateo y la Minucha son también más felices que nosotros. ¡Ah! Reconozco en eso á nuestros jóvenes de hoy, que han desflorado las ciencias y están por eso enfermos, porque no han podido satisfacer en ellas las viejas ideas de lo absoluto, bebidas con la leche de sus nodrizas. Vos quisierais encontrar en las ciencias, re-

pentinamente y en conjunto, la mayor suma de verdades, cuando nosotros apenas las delectamos, cuando ellas no serán acaso nunca sino un eterno recuerdo..... Y vos las negáis, y os acogéis á la fe, que no quiere nada de vos, y caéis en el pesimismo..... Sí, esa es la enfermedad del fin del siglo: ¡sois Werther arrepentido!

Y se exaltaba, porque eso era su tema favorito.

Lázaro en sus discusiones exageraba la negación de toda certidumbre, y su creencia en el mal final y universal.

—¿Cómo vivir—preguntaba el joven—cuando en todas horas las cosas de la vida estallan bajo los pies?

El médico tuvo un arranque de pasión juvenil.

—¡Pero vivis! ¿No es ya bastante vivir? ¡La alegría está en la acción!

Y dirigiéndose á Paulina, que escuchaba sonriendo, añadió:

—Vamos, decidle qué es lo que vos hacéis para estar siempre contenta.

—¡Oh! ¿yo?—respondió ella con acento de burla.

—Pues procuro olvidar, por temor de incurrir en tristeza, y pensar en el prójimo..... Esto me ocupa y me obliga á llevar el mal con paciencia.

La respuesta irritó á Lázaro, quien sostuvo que las mujeres debían tener religión; y aparentaba no comprender por qué su prima había dejado de ir á la iglesia hacía largo tiempo.

Ella le dió explicaciones muy tranquilamente.

—¡Pues es bien sencillo! La confesión me hiere, y creo que muchas mujeres están en igual caso que yo.... Además, no puedo aceptar como verdaderas cosas que no comprendo. ¿Por qué he de mentir fingiendo aceptarlas? Por último, lo desconocido no me inquieta, porque tiene que ser lógico, y lo mejor es aguardarlo con la mayor alegría posible....

—Callaos, que viene el cura—interrumpió Chanteau, á quien esta conversación fastidiaba.

El enfermo había fallecido, y el cura volvía á acabar tranquilamente la comida, á la que puso remate con una copa de *chartreuse*.

*
*
*

Paulina había tomado la dirección de la casa, con la madurez sonriente de una buena mujer de gobierno.

Todas las compras y hasta los menores detalles pasaban fiscalizados por su mirada, y el manojito de llaves colgaba de su cintura, y esto lo hacía con na-

turalidad tan perfecta, que la misma Verónica no pareció incomodarse.

No obstante, la doméstica mostraba más aspereza desde la muerte de la señora Chanteau: parecía como que se operaba en ella un nuevo trabajo, una vuelta de su antiguo cariño hacia la muerte, mientras que sentía cierta silenciosa desconfianza delante de Paulina.

Si ésta la hablaba con dulzura, ofendíase con la menor palabra, y se la oía quejarse largamente en la cocina; y cuando pensaba así, en voz alta, después de obstinado silencio, siempre reaparecía en ella el estupor de la catástrofe.

¿Sabía acaso que la señora iba á morir?

Si lo hubiese sabido, no habría dicho nada de lo que dijo. ¡La justicia ante todo! No se debía matar á las gentes, aunque las gentes tuvieran defectos....

Pero ella se lavaba las manos después de tales reflexiones, y tanto peor para la persona que era la verdadera causa de la desgracia.

Mas tal seguridad no la tranquilizaba por completo, y continuaba gruñendo sola, luchando contra su imaginaria falta.

—Pero ¿qué es lo que devanas en tu cabeza?—la

preguntó Paulina un día.—Hemos hecho nuestro deber, y con la muerte nadie puede.

Verónica meneaba la cabeza.

—¡Dejadme en paz, que no se muere así!..... La señora era lo que era; mas ella me acogió muy pequeña, y me cortaría la lengua si yo pensase haber tenido alguna parte en esta desgracia..... No hablemos más, porque esto acabaría mal.

La palabra casamiento no había sido pronunciada una vez entre Lázaro y Paulina.

Chanteau, al lado del cual se sentaba á coser Paulina para distraerle, se arriesgó una vez á hacer alusión á la boda, anhelando realizarla cuanto antes, ya que el obstáculo había desaparecido.

Y era además que sentía la necesidad de guardar á Paulina en su casa, por el terror de caer en manos de la criada, si él la perdía para siempre; mas Paulina le dió á entender que no se podía decidir nada antes de pasar el luto riguroso.

Y no solamente las conveniencias sociales la dictaban esta resolución prudente, sino que contaba con pedir al tiempo la respuesta á una pregunta que no se atrevía á dirigirse ella misma: Luisa sorprendida y arrojada de la casa; sus amores destruidos; su existencia tal vez cambiada.....

¿Qué resolver ahora? ¿Se amaban ellos todavía? ¿Su matrimonio sería posible y razonable?

Todo esto flotaba en el aturdimiento súbito que les había dejado la catástrofe, sin que ni ella ni él tuvieran impaciencia para resolverlo con brusca solución.

Pero en Paulina se había suavizado mucho el recuerdo de la injuria: ella perdonó hacía largo tiempo, dispuesta á poner sus dos manos en las de Lázaro el día en que él se arrepintiera; y esto no lo deseaba por el triunfo celoso de verle humillarse, sino pensando en él, y sin querer obligarle al matrimonio si no la amaba.

Toda su zozobra consistía en esta duda: ¿Pensaba él todavía en Luisa, ó la había olvidado para volver de nuevo á su antiguo afecto de la niñez?

Y ante la idea de renunciar á Lázaro, más bien que á la de hacerle desgraciado, su corazón y su carne se rebelaban con dolor; ella contaba con tener fuerzas para ello, mas esperaba morir en seguida.....

Desde la muerte de su tía, un pensamiento generoso la asediaba: reconciliarse con Luisa.

Chanteau podía escribirla, y ella misma añadiría en la carta una palabra de olvido. ¡Estaba tan sólo, tan triste, que la presencia de aquella *niña grande* sería una distracción para todos!

Además, después de tan ruda sacudida del infortunio, el pasado le parecía muy antiguo, y aun tenía remordimiento de haberse mostrado tan violenta.

Pero cada vez que intentaba hablar de eso á su tío, impedíasele cierta especie de repugnancia.

¿No era acaso arriesgar su porvenir, tentar á Lázaro y perderle?

Tal vez ella habría tenido valor y altivez suficientes para someterse á tal prueba, si ésta no envolviese como cierta subversión de la idea de la justicia. ¡La traición sola era imperdonable!

Y por otra parte, ¿no era bastante ella para rehacer la alegría en la casa? ¿Pues para qué llamar á una extraña, cuando ella misma se desbordaba de ternura y de abnegación?

Sin saberlo, sin conocerlo siquiera, había orgullo en su abnegación, y halagaba su espíritu con la esperanza de ser la única dicha de los suyos.

Desde entonces comenzó el gran trabajo de Paulina. ¡Cómo se aplicó y se ingenió para hacer la felicidad de la casa! ¡Jamás había mostrado tanta valentía con su buen humor y su bondad!

Todas las mañanas, al despertarse sonriendo, ponía formal empeño en ocultar sus propias miserias

para no aumentar las de los otros; desafiaba á las catástrofes con su dulzura en la vida; estaba siempre con perfecta igualdad de carácter, y desarmaba á las malas voluntades; fuerte y sana como un árbol joven, la alegría que reinaba alrededor de ella era como vivo destello de su salud.

El principio del día la encantaba, por el placer de cumplir en el mismo día lo que había hecho en el anterior, y esperando sin impacencias al día siguiente; y si la doméstica gruñía aún, asaltada por caprichos bruscos, delante del hornillo de la cocina, una vida nueva arrojaba de la casa al dolor, las risas de otras veces resonaban en las salas y subían alegremente por el hueco de la escalera sonora.

El tío estaba encantado, porque aborrecía la tristeza.

Él, siendo su existencia abominable, agarrábase á la alegría con el desesperado abrazo del enfermo que quiere vivir aun con el dolor, y si cada día que pasaba era una victoria en la vida, pareciale que su sobrina calentaba la casa como tibio rayo del sol entre cuyos resplandores no se podía morir.

Mas Paulina tenía un pesar: Lázaro huía de todos sus consuelos.

Inquietábase al verle caer en su humor sombrío,

y adivinaba que en el fondo de su alma, aunque latía dolor por su madre, brotaba con recrudescencia el espanto de la muerte, agrandado con el temor de una enfermedad hereditaria.

¡Él también moriría por el corazón! ¡Él tenía la certidumbre de un fin trágico y prematuro!

Y á cada minuto se escuchaban los latidos con tal excitación nerviosa, que oía andar todas las ruedas de su máquina: las contracciones penosas del estómago, las secreciones rojizas de los riñones, los calores irritantes del hígado..... Y por encima del ruido de los otros órganos del cuerpo, saltaba el ruido violento y ronco del corazón, que sonaba como badajo de una campana en cada uno de sus miembros, hasta en la punta de los dedos.

Si ponía el codo en la mesa, su corazón latía en el mismo codo; si apoyaba la nuca en el respaldo de una butaca, su corazón latía en la nuca; si se sentaba, si se echaba, si andaba, su corazón latía en los muslos, en las caderas, en el vientre. ¡Siempre y siempre aquel ruido del corazón le medía lentamente la existencia con el rechinamiento de un reloj que se destornilla!

Y entonces, en la obsesión del estudio incesante que hacía en su propio cuerpo, creía que todo habría

de romperse, que sus órganos se gastaban y rompían en pedazos, que su corazón crecía como un monstruo, destruyendo él mismo la máquina con recios martillazos.

Aquello no era vivir, escuchándose vivir de tal modo, temblando siempre por la fragilidad del mecanismo, esperando el grano de arena que debía ser bastante para destruirlo.

Así las angustias de Lázaro se habían aumentado.

Y no era sólo, como otras veces, que la idea de la muerte pasase por su rostro y le helase la carne: ahora no se atrevía siquiera á dormir, por el temor de no despertarse más; aborrecía el sueño; tenía horror de sentir que su ser desfallecía, al caer de la vigilia, del insomnio, en el vértigo de la nada.

Y luego su brusco despertar le sacudía más aún, cual si una mano colosal le hubiese agarrado por los cabellos, y sacándole de la hondura negra del no ser le hubiese arrojado otra vez á la vida, con el terror balbuciente de lo desconocido, de donde le sacaba.

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Es necesario morir! — pensaba.

Y cada noche su tormento era tan grande, que él prefería no acostarse, hasta que la luz del alba arrojaba de su lecho el miedo á las tinieblas.